RAFAEL GALVÁN CANDELA Y EMILIO G. DEL CASTILLO

LAZO DE UNIÓN

COMEDIA

en un acto, original y en prosa





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904



LAZO DE UNIÓN

COMEDIA

en un acto, original y en prosa

DE

RAFAEL GALVÁN CANDELA y EMILIO G. DEL CASTILLO

Premiada en el concurso de obras dramáticas abierto por la Sociedad EL TEATRO, el 29 de Diciembre de 1903, y estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA, por la compañía de **María A. Tubau de Palencia,** la noche del 23 de Enero de 1904



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Telefono número 551

1904

Señores que formaron el Jurado

Don Tomás Luceño.
» Ceferino Palencia.
» Francisco F. Villegas.
» Xavier Cabello.

A la Sociedad dramática "El Teatro,,

Dedican este modesto trabajo, en prueba de inmensa gratitud,

Los Autores.

CARTA ABIERTA

A los señores D. Tomás Luceño, D. Ceferino Palencia, D. Francisco F. Villegas y D. Xavier Cabello.

Dos soldados bisoños en lides teatrales que, no pudiendo llevar á vuestra sanción suprema una obra del cerebro, sometieron á vuestro juicio una hija del corazón, os deben el haber pisado los umbrales del templo donde es Dios el arte.

Camino lleno de espinas y amarguras les ahorró vuestra benevolencia; muralla inexpugnable les ha franqueado vuestra apreciación...

No extrañéis, pues, que esos soldados humildes se dirijan á vosotros, ilustres mantenedores de la literatura patria, para testimoniaros su profundo agradecimiento.

RAFAEL GALVÁN CANDELA.

EMILIO G. DEL CASTILLO.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TERESA	SRA.	ROCA.
DOÑA PETRA		VALLS.
SOLITA	SRTA.	CARBONE.
CARMEN		IÑIGUEZ.
MARÍA		EMO.
DON SENÉN	SR.	SÁNCHEZ-BORT
RICARDO		GONZÁLEZ.
NARCISO		CHICO.
SERAFÍN		CONTRERAS.
JARDINERO		VILLANOVA.

Un carretero, que canta una copla

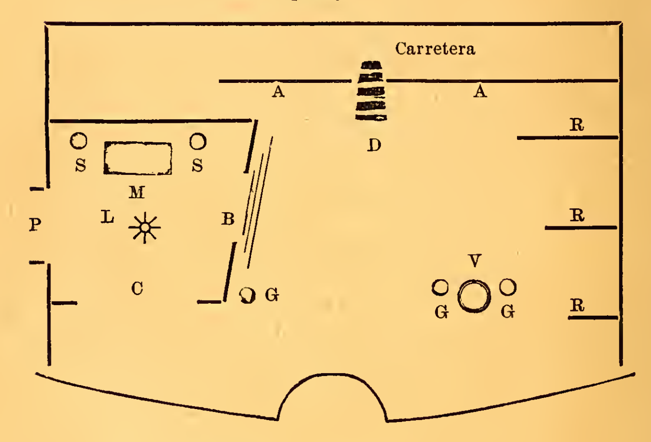
La escena en Madrid, en un hotel del paseo de la Castellana

Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

PLANO DE LA DECORACIÓN

Telón de paisaje á todo foro



A—Tapia del jardín.
B—Puerta del pabellón y escalones.
C—Ventana grande y rasgada que deja ver el interior.
D—Escalera de mano, ligera.
G—Sillas de jardín.
L—Araña de luz eléctrica que pende del techo.
M—Mesa.
P—Puerta de acceso á las habitaciones interiores.
R—Bastidores de jardín.
S—Sillas.
V—Velador.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

SOLITA y MARÍA

Al levantarse el telón aparece Solita subida en una escalera de mano que habrá apoyada en la tapia del fondo. Habla con su novio que se supone en la parte de afuera Las pausas están marcadas con puntos suspensivos. María al pie de la escalera

SOL. ¡Já, já, já!... No; si no te creo... ¿De veras?... ¡Já, já, já!... No puedo remediarlo; es risa nerviosa...

MARÍA (Tirando de la falda á Solita.) ¡Señorita!

SOL. ¡Ay! (Baja asustada unos cuantos escalones.)

MARÍA No, no ocurre nada.

SOL. Me has asustado...

MARÍA Pero puede ocurrir. Hace mucho tiempo que están ustedes hablando. Supóngase usted que llega una visita, ó que sale la señora, ó que...

SOL. Ya termino, mujer, ya termino.

MARÍA (¡Siempre tan fierecilla!)

SOL. (Qne ha vuelto a subir.) No ha sido nada... ¿Me lo juras?... Pues mira... Acércate, que voy á hablar muy bajito... (Vence el cuerpo hacia afuera y figura hablar bajo En este momento suena la campana de la verja, que Solita no oye, ¡claro esta! pero que á María la hace mirar sobresaltada hacia la izquierda.)

MARÍA ¡Jesús! ¡Don Senén! (Tirando de la falda de Solita.) ¡Señorita!

SOL. (Sin hacer caso y como hablando con el novio.) No quiero.

MARÍA ¡Que vienen don Senén y la señorita Carmen!

SOL. (Juego anterior.) No, no y no...

MARÍA Sí, sí y sí. Los estoy viendo...

SEN. (Dentro.) ¡Uf!... Esto es asarse.

MARÍA (Tirando fuerte.) ¡Pero, señorita!

SOL. ¡Ay!

ESCENA II

DICHAS, DON SENÉN y CARMEN, fondo izquierda. Don Senén con paraguas

SEN.
CAR } ¡Já, já, já!

MARÍA ¿Lo ve usted, señorita, lo ve usted? (Vase.)

SEN. (Con mucha algazara.) ¡Bravo!... ¡Sublime!

SOL. (Bajando avergonzada.) Don Senén...

CAR. ¿Hablando con el novio?

SEN. ¡La hemos sorprendido *infraganti*!

SOL. ¡Por Dios!

CAR (Besándola.) No temas, tonta; papá nada dice.

SEN. (Sin dejar de reir.) ¡La hemos sorprendido!.. ¡La hemos sorprendido!

SOL. Por Dios, don Senén. No hable usted alto.

SEN. (Muy bajito.) ¡La hemos sorprendido!... ¡La hemos sorprendido!

CAR. (A Solita.) No te achiques, y mientras saludo á doña Petra... ¡duro con él! (Vase por el pabellón.)

ESCENA III

SOLITA y DON SENÉN

SEN. ¡Delicioso!... ¡Encantador!... ¡Hasta poético!

SOL. Pero...

SEN. (Sin dejarla hablár.) Solo faltaba que la luna

os enviase el melancólico beso de sus pálidos rayos, para que el cuadro resultara completo...

SOL. Es que...

SEN. (Sin dejarla seguir.) ¡Modernismo, modernismo puro! (Reparando en lo apurada que está Solita.) Pero, ¿qué es eso? ¿Te pones triste?

SOL. Yo...

SEN. No te apures, tontuela... ¡Si ya sabemos lo que son esas cosas! Yo de joven, hacía lo mismo.. Me subía por las escaleras, hablaba por el ventanillo... ya, ya me he hecho cargo de la situación. ¿No ves que «he sido cocinero antes que fraile?...» Alegra esa cara, picarilla. Te prometo no decir nada. «Al buen callar, llaman Sancho...» Y mira tú lo que son las cosas; debían llamarle Senén: porque para callar, me pinto solo. Yo no hablo apenas.

SOL. Ya lo veo.

SEN. Detesto la charlatanería.

SOL. (Que ha ido perdiendo el temor.) ¿De manera que no dirá usted nada?

SEN. Ni una palabra... «Hago punto en boca »

SOL. Más cuenta le tiene á usted.

SEN. Justo; «porque en boca cerrada no entran moscas...» Por cierto que tenéis un verdadero ejército de ellas.

SOL. (Echando también su cuarto á espadas.) «Más vale que sobre, que no que falte.»

SEN. ¡Ah!... También tú, ¿eh? (Dándose un golpe en el pescuezo, como si se espantase una mosca.) ¡Caramba!

SOL. ¡Já, já, já!...

ESCENA IV

DICHOS y CARMEN

CAR ¡Já, já, já! ¿Qué es eso, papá?

SEN. Niñas, «no os riais del mal ajeno», que nadie puede decir: «de este agua no beberé.»

SOL. Y que donde menos se piensa, salta una mosca...

CAR. Por lo visto habéis dado fin al tratado de paz.

SEN. Satisfactoriamente. Me he sometido sin condiciones.

SOL. Sí; pero con refranes.

SEN. Son mis mejores consejeros. (A Carmen.) Conque, aquí te quedas con esta loquilla... ¡Buena pareja! Entre las dos sois capaces de volver loco al universo entero. Vaya, voy á saludar á doña Petra; no quiero que me eche mala fama, porque «cría mala fama y échate á morir...» en fin, «quien quita la ocasión, quita el peligro.» (Vase por el pabellón. Como se ve, este don Senén es un bendito de Dios. Dice los refranes y frases hechas, en tono humorístico, pero «con toda su alma.»)

ESCENA V

SOLITA y CARMEN

SOL. ¡Qué bromista es tu papá! Tiene un carácter delicioso.

CAR. Y te es muy simpático, ¿verdad?

SOL. Muchísimo.

CAR. Naturalmente. Se ha declarado protector tuyo... ¡zalamera!

SOL. No, mujer; no lo digo por eso.

CAR. Pues, mira; ojalá pudiera yo decir otro tanto. Estoy desesperada.

SOL. ¿Qué te ocurre?

CAR. Lo de siempre. Que mi padre odia cada vez más á Serafín.

SOL. ¿Quieres que yo interceda?

CAR. Lo que quiero es que me hagas un favor.

SOL. Y ciento.

CAR. ¿Vienen?

SOL. (Mirando hacia el pabellón.) No; puedes estar tranquila.

CAR. Mejor será que hablemos paseando. Así, si salen, no nos sorprenden.

SOL. Tienes razón.

CAR. Pues verás. (A media voz y dirigiéndose hacia la derecha.) Lo que yo deseo es que me facilites una entrevista con él, sin que se entere mi papá.

SOL. ¿Dónde?

CAR. Aquí. He venido á pasar la tarde contigo y como Serafín y yo nos queremos tanto y no podemos pasar sin vernos... el pobrecito ha venido siguiéndonos y de fijo estará frente á la verja.

SOL. ¡Tengo una idea!

CAR. ¿De veras?

SOL. Sí; verás...

CAR. Cuenta, cuenta.. (Vanse fondo derecha, cogidas por la cintura.)

ESCENA VI

JARDINERO, por la izquierda primer término. Después, TERESA, por el pabellón

JARD. (En mangas de camisa con una espuerta vacía en la mano.) ¡Ea! Ya hemos trabajao lo bastante por hoy... ¡Recontra, como sudo! (Se limpia el sudor con la manga de la camisa.) La verdá es que el sol ha picao de veras. ¿Aonde andará esa chica? ¡Teresa! ¡Teresa!

TER. (Saliendo al pabellón.) ¿Llamaba usted, padre?

JARD. Sí. Echa una mira al jardín y en cuanto arremates, baja; que hay apetito.

TER. Bueno, padre.

JARD. Yo marcho en cá de Elías, á ver si ha traido el mantillo pa los rosales. (De paso remojaré el tragaero, que bien me lo he ganao.)

TER. Está bien.

JARD. Que dejo la verja entorná.

TER. Vaya usted sin cuidado.

JARD. Es que te estás golviendo mu distraida, ¿estás tú? Tú tienes novio, á mí no me la pegas.

TER. Pero...

JARD. No hay pero que valga. (*Con mal humor fingido.*) ¡Abur!... (Hay que hacerse de respetar.) (*Vase fondo izquierda.*)

TER. Adiós, padre. Ya está el pobre viejo intrincado con mis amores... y todo porque teme que mi cariño hacia él disminuya. No, viejecito mío; te querré siempre lo mismo; siempre igual. Voy á ver si ha venido Ricardo. Si mi padre le conociera, á buen seguro que simpatizaban. (*Vase.*)

ESCENA VII

RICARDO

Sale por la izquierda vestido modestamente, aunque denotará por sus modales gran distinción

¡Buena suerte la mía! Por poco si me tropiezo con su padre... pero no me ha visto. Iba el buen hombre muy entretenido cargando su pipa. ¿Y Teresa? ¿Dónde andará? Sin duda se ha cansado de esperarme. La verdad es que mi comportamiento no tiene disculpa. Yo no quiero obrar así, yo pienso bien... pero obro mal. Y Teresa me quiere, me quiere con toda su alma; mucho más que á los rosales que antes cuidaba con tanto cariño; más que á su viejecillo, como ella llama á su padre. Me quiere, sí; pero... ¡es tan bonita Soledad! Por ella visto esta ropa, que sería la irrisión de mis amigos; por ella finjo amor á Teresa, buscando sólo el medio de entrar aquí. ¡Pobre muchacha! No quiero luchar más. Ahora mismo la desengaño, le diré quién soy y á lo que vengo. Esto es más noble... ¡es más caritativo!

ESCENA VIII

DICHO y TERESA, por el pabellón

TER. (En tono jovial.) Muy bien, caballerito, muy bien. Al fin se ha dignado usted venir.

RIC. Dispénsame, Teresa, pero. .

TER. No; no valen disculpas. Me tiene usted muy enojada, mucho... eres un faltón y ya no te quiero. ¡Vete de aquí!

RIC. (Con cariño.) Me lo tienes que decir más seria. Dímelo con los ojos y te obedezco. (Teresa le mira con «muy mal humor.») ¿Lo ves? Los ojos te delatan. ¿Qué me importa que tu boca me diga:—¡Vete!—si con la mirada me estás suplicando que me quede?

TER. Presuntuoso.

RIC. (Sin darse cuenta, con creciente animación.) No, no es presunción. La boca puede mentir, los ojos nunca. ¡Que me vaya! ¿Separarme de tí?... ¡Qué locura! ¿Ves allá, en el fondo del jardín, á la yedra que, abrazando siempre á la acacia cubre su tronco? Pues anda, vé, intenta separarlas... ¡imposible! tendrías que romperlas... (Pues señor; esto no es lo que yo quería decir.)

TER. Ya me has entontecido. Tu lenguaje me llega al alma. Dime, Ricardo, ¿dónde has aprendido esas frases que tanto me gustan?

RIC. Las frases del cariño no se aprenden; nacen de aquí, (Señalando al corazón.) aquí se forman y salen por los labios para que el oído las escuche, y se expresan con los ojos para que el alma las recoja... (Nada. Que cada vez me aparto más del asunto.)

TER. Muy bien, Ricardo, muy bien. Sigue hablando de esa manera, que escuchándote me olvido de todo, de todo, sí... hasta del sueño que he tenido esta noche. ¡Si vieras lo que me ha hecho sufrir!

RIC. ¿Qué has soñado?

TER. Soñé... una atrocidad. Que tú .. no eras tú.

RIC. ¿Cómo?

TER. Me explicaré. Que tú... no eras lo que eres.

RIC (Algo intranquilo y esquivando la conversación.) ¡Bah, bah! No hagas caso de sueños.

TER. Que eras rico, muy rico; y vestías elegante, y gastabas coche... y eras un calavera.

RIC. ¿Yo? (Ríe forzadamente.)

TER. Sí, tú, tú; un libertino .. un hombre malo que se complacía en enamorar á las mujeres por capricho de abandonarlas cuando mejor le parecía... y á mí... á mí me abandonaste después de haberme jurado un amor eterno.

RIC. (Esta es la ocasión.) (Decidido.) Mira, Teresa.

TER. (Sin dejarle proseguir y con creciente pasión.) No, no; si yo no lo creo. Ya sé que es un sueño y que tú me quieres y que nunca me olvidarás y que... ¿No es verdad, Ricardo?... ¡Nunca!... Dímelo.

RIC. Sí... eso... nunca.

TER. ¿Te ha disgustado mi sueño?

RIC. Al contrario. (Esforzándose por reir.) Si me ha hecho mucha gracia. Ya ves cómo me río... (Imposible desengañarla.) (Solita y Carmen ríen dentro.) ¿Eh? ¿Quién está ahí?

TER. Las señoritas.

RIC. ¿Las señoritas? (Mirando hacia la derecha.) (¡Demonio! Carmen aquí, luego son amigas... mejor; ya tengo el medio de hablar dignamente á Soledad.) Vámonos, no nos sorprendan.

TER. Sí, pueden salir doña Petra ó el padre de esa señorita.

RIC. Sí, sí; vamos. (¿Está aquí don Senén? Mejor, mucho mejor. Le esperaré y él me presentará.) (Vanse los dos fondo izquierda.)

ESCENA IX

SOLITA y CARMEN, por el fondo derecha

SOL. El plan es atrevido.

CAR. Como tuyo.

SOL. Pues, hija, si no fuera por estos atrevimientos, el amor sería muy soso.

CAR. Sí, ya veo que te gustan las emociones fuertes.

SOL. Son mi delicia. Estas intranquilidades me entusiasman. Pero no perdamos tiempo. ¿Estás dispuesta?

CAR. Sí.

SOL. (Muy decidida.) Pues, ¡al pabellón!

CAR. ¡A la escalera! (Carmen va al pabellón y está en acecho. Solita sube á la escalera de mano.)

SOL. ¿Viene alguien?

CAR. Nadie.

SOL. Ya sabes la señal. Un suspiro muy hondo y muy prolongado.

CAR. Sí, sobre todo muy prolongado.

SOL. ¿Estás?

CAR. Estoy... Date prisa.

SOL. (Subida en la escalera y hablando con su novio, que se supone afuera) ¡Chists! ¡Chist!... Acércate... ¿Ves aquel joven que está paseando por allí? (Señala á la derecha.) Aquel del sombrero de paja... Bueno, pues dile que venga... ¡Tonto! Si es el novio de una amiga mía que está aquí... Anda, no te detengas. Cuando estéis aquí avisas tirando una piedra por encima de la tapia. (Bajando.) Ya está. ¿Ves que rápidamente?

CAR. ¡Qué locas somos! Si se enterara tu tía...

SOL. Quita, mujer; si esto es lo más natural del mundo. «El que no se aventura no pasa la mar», como diría tu papá.

CAR. No, seguramente no diría eso.

SOL. Bueno, déjate de preocupaciones que... (Por detrás de la tapia tiran una piedra.) ¡Ya están ahí! ¡Al pabellón!

CAR. ¡A la escalera! (Juego anterior. Al subir Solita el primer peldaño, Carmen lanza un suspiro muy fuerte, como señal de alarma.)

SOL. ¡Ay!

CAR. ¡Que vienen! ¡Que vienen!

SOL. ¡Qué oportunidad!

CAR. No ganamos para sustos. (Vanse fondo derecha.)

ESCENA X

DOÑA PETRA y DON SENEN

Salen por el pabellón; doña Petra, vestida con cierta coquetería, impropia de su edad, pero sin exageraciones ridículas

PETRA Conque, ya sabe usted á qué hora se cena.

SEN. Sí señora. Muchos son los asuntos que tengo que despachar, pero seré puntual. «Querer es poder», y yo quiero

PETRA La compañía de usted nos es tan grata... (Mirándole con mucha zalamería y lanzando un suspiro amoroso.) ¡Ay!

SEN. (Contando el suspiro.) Ocho.

PETRA No lo puedo remediar. En cuanto veo ese rizo que le cae sobre la frente, me conmuevo... ¡como á mi pobre marido le caía otro igual!

SEN. Sí, ¿eh? (Tú sí que te dejas caer.)

PETRA Y luego, es usted tan cariñoso, tan amable, tan... ¡Ay!

SEN. (Nueve.)

PETRA Como mi pobre Agapito.

SEN. (Nada; que se ha enamorado de Agapito; digo, de mí.) Señora... (Sale Teresa, fondo izquierda y vase por el pabellón.)

PETRA Debe usted tener un carácter muy bueno.

SEN. ¡Buenísimo!

PETRA Y un corazón de oro.

SEN. De *doublé*, de *doublé* nada más.

PETRA Sensible...

SEN. ¡Muy sensible!

PETRA Tierno...

SEN. Como una ensaimada de La Mallorquina.

PETRA Dulce...

SEN. ¡Oh! Sobre todo dulce... ¡Jalea pura!

PETRA ¡Ay!

SEN. (¡Y van diez! La he flechado, no me cabe duda. Ya lo dijo el otro: «El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y...»)

(Está fumando y sin fijarse se lleva el cigarro á la boca por el lado de la lumbre.) ¡¡Sopla!!

PETRA ¿Qué ocurre?

SEN. Nada, señora; una errata.

PETRA ¿Una rata? ¡Jesús, Dios mío! (Sube á la silla de la derecha, muy asustada.)

SEN. ¿Qué ha dicho usted? ¿Una rata? ¡Caspitina! (Sube á la silla de la izquierda temblando. Pausa cómica. En este momento tiran una piedra por detrás de la tapia. Los personajes no la ven.)

PETRA ¡Don Senén!

SEN. ¡Doña Petra!

PETRA ¿Dónde ha visto usted la rata?

SEN. ¿Yo? En ninguna parte.

PETRA Pues yo creí que... Como dijo usted «una rata».

SEN. Una ra... ¡ah, vamos! Ya caigo. Usted entendió mal. Dije «una errata», una equivocación... Como me llevé el cigarro á la boca por el lado encendido...

PETRA ¡Qué gracioso!... Y dispense usted que me ría.

SEN. Señora, no faltaba más.

PETRA Dirá usted que soy muy cobarde, pero... no lo puedo remediar; las ratas me dan un miedo atroz.

SEN. ¡Tiene gracia! Yo la animaré. Para las ratas soy un valiente. (Baja de la silla y con mucha cortesía ofrece una mano á doña Petra, que le mira tiernamente. Por detrás de la tapia tiran otra piedra.) Señora...

PETRA (Bajando.) Usted siempre tan cortés.

SEN. «Lo cortés no quita lo valiente.»

PETRA ¡Ay!

SEN. (¡Once! Me está comprometiendo.) Señora, con su permiso, voy á solventar unos asuntos: «La obligación es antes que la devoción y...»

PETRA ¡Tan pronto!

SEN. «El tiempo es oro», y hay que aprovecharle.

PETRA Tiene usted razón; no le entretengo. Pero, qué, ¿ha traído usted paraguas?

SEN. Sí, señora. Estaba el cielo muy nublado esta

mañana y ya sabe usted que, «hombre prevenido, vale por dos». Francamente, temo mucho al agua y procuro mojarme lo menos posible.

PETRA ¿No se baña usted?

SEN. (Verdaderamente ofendido) ¡Señora! ¿Yo bañarme? «De los cuarenta para arriba, no te mojes..» el abdomen, y yo ya tengo cincuenta y tres...

PETRA (Muy insinuante.) ¿Sí? Pues representa usted á lo sumo treinta y cinco. (Pequeña pausa. Serafín asoma la cabeza por detrás de la tapia) Está usted... muy bien conservado.

SER. (Al ver á don Senén) (¡Uy, don Senén!) (Se esconde rápidamente.)

SEN. «El que tuvo y retuvo, guardó para la vejez» y...

PETRA (Mirándole extasiada.) Como mi marido... lo mismo que mi marido.

SEN. Vaya, señora. ((Despidiéndose.) He tenido tanto gusto..

PETRA ¡Ay!

SEN. (Dando un salto.) (¡Doce! ¡Se acabó!) Repito... Siempre á sus pies, doña Petra. (Se dirige fondo izquierda.)

PETRA Hasta luego, don Senén. (Siguiéndole con la vista.) (Pero, ¡qué simpático es este hombre!)

SEN. (Pero, ¡qué melosa es esta mujer!)

ESCENA XI

DICHOS, SOLITA y CARMEN

CAR. ¿Te vas ya, papaíto?

SEN. Sí, hija, sí.

SOL. ¿Tan pronto?

SEN. Tengo algunos asuntillos y... (me parece que se quedan sin arreglar.)

PETRA Pero, ¿dónde os metéis que no se os ve?

SOL. Por el jardín, hablando de nuestras cosas.

SEN. Es natural, señora; la juventud que huye de la vejez.

PETRA (Pues, señor, me ha llamado vieja.)

SEN. Vaya, abur, señora. Adiós, niñas. (Vase fondo izquierda.)

PETRA Hasta luego.

ESCENA XII

DICHOS, menos DON SENÉN

PETRA ¡Qué don Senén! Siempre tan alegre.

CAR. Sí.

SOL. Donde él está, no hay pesares.

PETRA Vaya, voy á dar orden de que preparen la cena... (y á arreglarme un poco.) Adiós, niñas.

SOL.
CAR. } Adiós.

PETRA (Quiero que, cuando vuelva, me encuentre hermosa... ¡Dios mío! ¡Por qué se habrá enamorado de mí! (Vase por el pabellón.)

ESCENA XIII

SOLITA y CARMEN, después NARCISO por detrás de la tapia

SOL. ¡Por fin!

CAR. ¡Ay, Solita! Lo que estamos haciendo es una locura.

SOL. Lo que estamos haciendo, no; lo que vamos á hacer.

CAR. Yo no puedo más. A tí te entusiasman estos sobresaltos, pero á mí me ponen la carne de gallina. Y todo por el empeño tuyo de que nuestros novios han de subir por la tapia... ¡Mire usted que es capricho!

SOL. (Remedándola.) ¡Mire usted que es capricho!... Pues cuando te lo propuse bien te agradó.

CAR. ¿Y si no accedieran?

SOL. Accederán. Narciso me obedece en todo.

NAR. (Asomando la cabeza por detrás de la tapia, y muy incomodado.) ¡Caray, caray, caray! ¿Nos vamos á pasar toda la tarde detrás de esta tapia?

CAR. (Ya poco falta.)

SOL. ¡Já, já, já!... ¡Narciso!... ¿Y el novio de mi amiga?

CAR. ¿Y Serafín?

NAR. Está debajo de mis pies... sosteniéndome. De aquí salimos contratados como acróbatas. Antes le sostuve yo para que él mirara, (A Carmen.) pero como vió á su papá de usted, bajó más que deprisa, y se ha negado en absoluto á volver á mirar. (A Serafín que se supone que está sosteniéndole.) Hombre, ¿quiere usted dejar en paz á mis pantorrillas?

CAR. ¡Pobrecitos! ¡Cuánto sufren por nosotras!

SOL. Para eso son hombres.

NAR. Y bien, Solita, ¿quieres decirme para qué me has mandado llamar á ese caballero?

SOL. Para que entréis aquí.

NAR. ¿Cómo?

SOL. Subiéndote á la tapia.

NAR. ¿Y á mi compañero, quién le sube?

SOL. Esta escalera.

NAR. (¡Cáspita!) (Se queda pensativo.)

SOL. ¿En qué piensas?

NAR. En nada, en que...

SOL. ¿Vosotros nos queréis?

NAR. Yo, por mi parte, sí; ¡con toda mi alma, Solita mía!

CAR. Pero, ¿y Serafín?

NAR. Espere usted, se lo preguntaré. (Se oculta un momento y vuelve á aparecer.) Que sí, que sí y que sí.

SOL. (Siempre decidida.) Está bien; ¿tenéis valor?

NAR. Yo, por mi parte, lo tengo.

SOL. Pues pásale esta escalera y que suba.

NAR. Pero...

SOL. Qué, ¿no te atreves?... ¡Cobarde! No tienes coraje.

NAR. (¡Toma! Eso ya lo sé yo.)

SOL. No tenéis corazón.

NAR. ¿Que no? (Decidido.) Venga la escalera. (Me huele que nos vamos á ganar la primer paliza. El jardinero debe ser muy bruto... pero hay que hacerse el valiente.) (Todo esto, dicho mientras pasa la escalera al otro lado de la tapia. Mucha animación.)

SOL. Andar deprisa.

NAR. (A Serafín.) Suba usted. ¡No! No suba. ¡Que viene!

SOL. ¿Quién?

NAR. El jardinero. (¡Cuando yo decía.) (Desaparece. La escalera queda á la parte de afuera.)

CAR. ¡Dios mío!

SOL. Disimulemos. (Se sientan en el banco y hacen que hablan.)

ESCENA XIV

SOLITA, CARMEN y JARDINERO; al final NARCISO y SERAFÍN

JARD. (Sale canturreando y lleva la misma espuerta que antes, pero llena. Viene algo alegre de cascos, sin estar borracho, ¿eh?)

¡Ay, morena, morena,
morena mía;
que desde que te vide
no tengo vida.

(Sin dejar de andar y dirigiéndose al fondo derecha.) ¡Ah! Mu güenas tardes, señoritas.

SOL.
CAR. } Muy buenas tardes. (Vase Jardinero, canturreando la misma copla.)

SOL. (En voz baja.) No los ha visto.

CAR. Chica, estoy temblando.

SOL. No tengas miedo.

CAR. ¡Cuántos sobresaltos! Siempre lo mismo!

SOL. La que está siempre lo mismo, eres tú .. te pintas sola para las situaciones difíciles.

CAR. ¡Chist! Que viene el jardinero.

SOL. ¿Sí? (Disimulando.) ¡Qué cosas tienes! (Aparte á Carmen.) (Ríete, mujer, ríete.)

JARD. Pues señor, ¿aonde habrán puesto la escalera? Yo la dejé aquí... digo, á mí me paece que la dejé aquí.

CAR. (Aparte á Solita.) (¡Ay, Dios mío! Está buscando la escalera.)

SOL. (Pues que busque.. Ríete, mujer, ríete.)

JARD. Señoritas... ¿Han visto ustés si alguien cogió la escalera?

SOL. No, no hemos visto nada.

JARD. (¿Si *me se* habrá subío el morapio á la caeza?) (Se queda contemplando el sitio donde estaba la escalera. En este momento asoma la cabeza Narciso.) ¿Eh? ¿Un hombre? (Vase corriendo fondo izquierda.)

SOL. ¡Ah, qué idea!... ¡Narciso!... ¡Pronto!... Que suba Serafín.

NAR. ¿Eh?

CAR. Pero...

SOL. De prisa, antes que dé la vuelta y os vea. (Pasan la escalera, al lado de la escena, y bajan Narciso y Serafín como electrizados. Todo rapidísimo.)

SER. ¡Carmen!

CAR. ¡Serafín!

SOL. Dejaros de ternezas y esconderos allí.. ¡Pronto!

NAR. ¿Dónde? (¡Nos pegan, vaya si nos pegan!)

SOL. Detrás de aquella fila de macetas; junto á las enredaderas.

NAR. ¡Ah, sí! Ya las veo.. ¿Serafín?

SER. ¿Narciso?

NAR. ¡A las macetas!

SER. ¡A las enredadoras!

SOL.
CAR. } ¿Eh?

SER. ¡A las enredaderas!

NAR. (Nos matan... ¡nos matan!) (Vanse fondo derecha. Desde el cambio de la escalera, hasta que se van los novios, debe haber mucha animación y rapidez en los movimientos. Los autores dejan al buen gusto del director el final de esta escena.)

ESCENA XV

DICHOS menos SERAFÍN y NARCISO

SOL. Y nosotros como si tal cosa. Ya verás cuando vuelva. (Se sientan donde estaban antes.)

JARD. En la tapia no se ve ná... ¡Ay, Serapio! Me paece que te se nubla la vista... ¿eh? (Queda asombrado al ver la escalera en su sitio. Mira á ésta y á las señoritas alternativamente, se restriega los ojos, y por fin se echa á reir con toda su alma.) ¡Já, já, já! (¡Cuando yo decía que era el morapio!...

¡Ná!... Que en bebiendo, se le embotan á uno los sentíos y no ve más allá de sus narices, y...)

SOL. ¿Qué haces?

JARD. (Sin poder reprimir la risa.) Ná, que... que... no sé... en fin... mu güenas tardes, señoritas. (¡Por estas! No güelvo á beber más... hasta luego.)

SOL. ¿Qué?

JARD. Que... hasta luego. (¡Lo que hace el morapio!)

SOL. Adiós, hombre.

JARD. (Voy á ver si riego los rosales.) (Vase foro izquierda, riendo como un bendito.)

ESCENA XVI

SOLITA y CARMEN, después SERAFIN, más tarde NARCISO

CAR. Se marcha el hombre pensativo.

SOL. ¿Has visto la cara que puso al ver que la escalera estaba en su sitio?

CAR. Mira, Solita; creo que obramos con mucha ligereza.

SOL. ¿Otra vez con tus temores?

CAR. No puedo remediarlo.

SOL. Entonces, ¿por qué me pediste que te proporcionara una entrevista con Serafín?

CAR. Porque no pensé en las consecuencias. Nada, lo mejor es darles salida. Así nos evitaremos muchos disgustos.

SER. ¡Chist! ¡Señoritas!

SOL. Aquí están.

SER. ¿Podemos salir?

CAR. Sí, no hay nadie. Pero marcharos en seguida.

SOL. ¿Y Narciso?

SER. Ahora viene. Se está sujetando un siete que se ha hecho en los pantalones; se enganchó en unos espinos, y...

SOL. Está bien. (¡Siempre le han de suceder averías!) Vamos, Carmen, hablar un poco; yo estaré en acecho mientras viene Narciso.

SER. Gracias, señorita. (*Se acerca á Carmen y forman grupo.*) ¡Carmen!
CAR. ¡Serafín!
SER. Gracias á Dios, que podemos hablar un instante. No puedes figurarte lo que te quiero.
CAR. Y yo á tí.
SER. Con toda mi alma.
CAR. Y yo también.
SER. ¡Monina!
CAR ¡Monín!
SER. Mira si te quiero, que á pesar de la ducha conque anoche me obsequió el bruto de tu papá...
CAR. ¡Serafín!
SER. Es verdad, dispensa. Pues á pesar de eso he venido siguiéndote... y aquí me tienes.
CAR. ¡Pobrecito! ¡Haber sufrido un remojón por mí!
SER. ¡Bah, tonta! No te apures. Ya sabes el caso que yo hice. Recibí el chaparrón, y como si tal cosa. Levanté la vista, dije:—Gracias, caballero.—Sonreí con cierta ironía... ¡y me quedé tan fresco!
CAR. (Me lo figuro.) No dudes que tus sacrificios aumentan mi cariño. Ten paciencia y no te pesará.
SER. Creo que no tendrás queja de mí. Ya ves; un plantón de hora y media frente á la verja y después tres cuartos de hora sosteniendo sobre mis hombros á Narciso...
CAR. Repito que no te pesará.
SER. Claro que no; como que no pienso sostenerle otra vez.
CAR. Lo principal es querernos mucho, que ya lograré yo convencer á mi papá.
SOL. ¡Ya viene!
SER. ¡Cáspita! (*Trata de escapar*)
CAR. Pero si es Narciso.
SER. ¡Ah! Creí que era don Senén.
SOL. ¿Tanto miedo le tiene usted?
SER. No, señorita; miedo, no. Es que no quiero verle; por... por... vamos...
SOL. Comprendido; porque no le tira su futuro suegro.

SER. ¡Vaya si me tira!... (Me tira lo primero que tenga á mano cuando me vea) (Habla bajo con Carmen.)

SOL. (Viendo salir á Narciso.) ¡Narciso!... ¡Dios mío, qué cara!...

NAR. La cara es lo de menos. El pantalón es lo que me preocupa... Mira. (Le enseña el roto. Solita ríe.) Sí, ríete. (¿Qué le digo á mi mamá?)

SOL. Te está bien empleado, por torpe. Pero, ¿qué es lo que veo? ¿traes la corbata verde?

NAR. Es que...

SOL. ¿No te dije que la encarnada?

NAR. Pero...

SOL. No me mires... ¡Para un capricho que tengo, no darme gusto! Vete de aquí...

NAR. Mujer, si es que no me acordaba del color. Como primero querías la encarnada, luego la verde y después la heliotropo, me armé un lío... y me he visto negro para decidirme.

SOL. Justo. Y al fin te has decidido por la que menos me gustaba.

NAR. No, Solita. Cerré los ojos y cogí al tuntún esta... pero no te apures; aquí están las otras, escoge .. (Saca de los bolsillos de la americana dos corbatas, una encarnada y otra heliotropo.)

SOL. Te perdono por esta vez. Ponte la encarnada.

NAR. En seguida. (Se quita la corbata.)

SOL. ¿Has traído el retrato?

NAR. Sí, toma; y aquí está lo que me encargaste; las horquillas, la peineta, los polvos, el agua de colonia, los dulces... (Va sacando los objetos que indica.)

SOL. Así me gusta.

SER. (Aparte á Carmen.) (Vamos, monina; deja que te dé un besito en la mano.)

CAR. He dicho que no.

NAR. Solita. ¿Me quieres hacer el lazo?

SOL. No debía.

NAR. Anda, rica. Complace á tu Narcisín.

SOL. ¡Vaya! Siempre te has de salir con la tuya. (Se pone á hacerle el lazo.)

NAR. ¡Ay, qué manitas de ángel!

SOL. Estate quieto.

SER. (A Carmen.) Pues yo te tengo que dar uno... ¡A la una! ¡A las dos! Y á las... (Suena la campana de la verja) ¡á las enredaderas!

CAR. ¡Ay, mi papá!

SOL. ¡Dios mío! (Aprieta el lazo sin querer)

NAR. ¡Eh! Que me ahogas...

SOL. Dispensa.

CAR. Esconderse pronto.

SER. Vamos.

NAR. (Que nos matan, que nos matan y que nos matan.) (Vanse; los novios por la derecha, ellas por el pabellón.)

ESCENA XVII

DON SENÉN, RICARDO, éste vestido con irreprochable elegancia, después TERESA por el pabellón

SEN. ¡Vaya con Ricardito!

RIC. (Pues, señor; hay que quemar las naves. Adelante.)

SEN. ¡Qué bien dice el refrán, que «donde menos se piensa, salta la liebre!» ¿Conque también incurres en la vulgaridad de enamorarte?

RIC. También. (¿Dónde andará Teresa?)

SEN. ¡Un muchacho de tanto talento!

RIC. Amo todo lo grande, todo lo bello; ¿qué de extraño tiene que ame á una mujer hermosa?

SEN. ¿Mujer hermosa? ¡Mala cosa!

RIC. ¡Ah, vamos! A usted le gustan las feas.

SEN. ¿Mujer fea? Para quien la crea.

RIC. Entónces, ¿cuáles son las que le gustan?

SEN. Si te he de ser franco, ninguna.

RIC. ¡Qué don Senén! Siempre tan famoso y tan alegre. (Sale Teresa al pabellón con una bandeja con pastas, que coloca encima de la mesa y vase.)

SEN. «Genio y figura... hasta la sepultura». En fin, ¿se puede saber el nombre de tu Dulcinea?

RIC. ¿Y por qué no? Pero antes, voy á pedirle á

usted un favor. (Sale el Jardinero por la izquierda, llevando al hombro una manga de riego arrollada, y vase fondo derecha.)

SEN. ¿Cuál?

RIC. Que me presente usted á la dueña de esta casa. (Asombro en don Senén.)

SEN. ¿Pues no me habías dicho que la conocías? (Sale Teresa con otra bandeja llena de copas. Al oir la voz de Ricardo, queda sorprendida.)

RIC. (Dejando el tono humorístico.) Señor don Senén. Yo no conozco á la dueña de esta casa.

TER. (Esa voz...) (Se acerca á la ventana y mira hacia el jardín.) (¡Ricardo!) (Queda como petrificada.)

SEN. Pero...

RIC. Déjeme usted proseguir.

TER. (¡Y qué elegante!... ¡Dios mío, no sé que siento!... ¡Qué duda más horrible!...)

RIC. He dicho que conocía á doña Petra, para que no pusiera usted ningún reparo y entrar en la casa cuanto antes. Una vez aquí, le pido mil perdones por el engaño... Siendo usted mi amigo, ¿se negará usted á protegerme?

SEN. Bien, pero...

RIC. De usted depende mi felicidad, porque la felicidad es el amor y la que yo amo, vive aquí.

TER. (¡Dios mío!)

SEN. ¿De modo que tú amas á...?

RIC. A Soledad. (Teresa ahoga un sollozo. La actriz debe demostrar los celos y el dolor de que se halla poseída.)

SEN. ¿A Solita? (¡Menuda plancha vas á hacer!)

RIC. (Con entusiasmo.) Sí, don Senén; á Solita, á quién ví con su tía en Recoletos. Iban en coche, paseaba yo á caballo, en dirección contraria y al cruzar junto á ella y ver su rostro de ángel... no puedo decir á usted lo que sentí; lo cierto es, que refrené mi caballo, que me quedé contemplándola, que sin darme cuenta me llevé la mano al sombrero, que ella me envió una sonrisa encantadora, que el carruaje siguió su marcha, y que desde entonces la llevo aquí, (Señalando

al corazón.) dentro... muy dentro. (Don Senén que, al ver el entusiasmo creciente de Ricardo, ha estado haciendo esfuerzos inauditos para no reir, no puede más y da rienda suelta á su hilaridad.)

SEN. ¡El demonio sois los poetas!

RIC. (Malhumorado.) No se burle usted, don Senén. Le juro que es la única mujer á quien he querido de veras.

SEN. (Con malicia.) ¿La única?

RIC. (Con energía.) La única.

TER. (Con pena y desaliento.) (¡La única!)

SEN. ¡Bah! ¡Ilusiones! Dicen que «el amor es ciego» y yo añado: «y del último que llega».

RIC. En serio. ¿Está usted dispuesto á presentarme?

SEN. Sí, señor; pues no faltaba más... y con todos los honores que tú mereces. Pondré la voz campanuda y grave y dirigiéndome á la dueña de este hotel, la diré:—Tengo el gusto de presentar á usted á mi querido amigo don Ricardo Fuentes de Mora, distinguido abogado y excelente poeta.

TER (Sollozando.) (¡Mentía!) (Don Senén y Ricardo oyen el sollozo y miran hacia donde está Teresa, quien al verse sorprendida hace esfuerzos por aparecer tranquila.)

SEN. ¿Eh? ¿Qué es eso?

RIC. ¡Teresa!

SEN. (¡La conoce!) (Dirigiéndose á Teresa) ¿Qué te pasa, muchacha?

TER. (Sonriendo.) No es nada, don Senén... nada. (Sale del pabellón y se dirige hacia el fondo)

SEN. (Aquí hay gato encerrado.)

RIC. ¿Subimos?

SEN. Calma, voy primero á anunciar tu presentación. Ya sé que «el que espera desespera», pero seré breve. Mientras tanto, puedes hablar...

RIC. ¿Con quién?

SEN. Con... las flores... ¿no eres poeta...? No tardo ni cinco minutos.

RIC. Hasta ahora.

SEN. (Aquí hay algo, no me cabe duda.) (Vase por el pabellón.)

ESCENA XVIII

TERESA y RICARDO; al final, DON SENÉN

RIC. (Llegó el momento.) Teresa...

TER. ¿Qué manda el señorito?

RIC. Deja ese tono irónico y escúchame... yo te lo ruego...

TER. ¿Usted? ¿Don Ricardo Fuentes de Mora, distinguido abogado y excelente poeta, rogarme á mí?... ¡A una criada!... Si no se ofendiera el señorito, le diría que estaba loco.

RIC. No te burles, Teresa, y escúchame; necesito explicarte...

TER. (Sin oirle, mejor dicho, aparentando que no le oye.) ¡Qué elegante está usted!... Le sienta la levita admirablemente... pero ahora que yo caigo... sí, es usted el mismo... el mismo, no me cabe duda.

RIC. ¿Quién?

TER. (Lo mismo que antes.) Justo... El caballero con quien anoche soñé, aquel que enamoraba á las muchachas... aquel que me juró un amor eterno...

RIC. Pero...

TER. ¡Y qué cosas me decía!... «¿Ves allá, en el fondo del jardín, á la yedra que, abrazando siempre á la acacia, cubre su tronco?... Pues anda, vé, intenta separarlas... ¡Imposible!... tendrías que romperlas...» (Con amargura.) ¡Imposible!

RIC. Mira, Teresa...

TER. (Volviendo á su tono anterior.) Sí, sí; es usted su vivo retrato.

RIC. Por favor, Teresa; hazte cargo de mi situación. Tú que sabes amar, tú que amas, debes comprender que el cariño arrastra con tanta fuerza, que no repara en medios ni mide acciones... Hablé á tu corazón sin pensar que podía responderme... he aquí mi

falta... mejor dicho: he aquí mi crimen... Perdóname, Teresa...

TER. ¿Por qué me dice usted todo eso? ¿Acaso le reprocho? Nada tengo que perdonar... ¿Quién es usted? Un señorito. ¿Quién soy yo? La hija de un jardinero.

RIC. (¡Si yo tuviera dos almas!)

SEN. (Desde el pabellón.) (¡Demonio! Ricardo y Teresa juntos.. ¡ya decía yo! «Piensa mal y acertarás».)

RIC. Vamos, Teresa, sé juiciosa; deja esa risa que no sientes y seamos buenos amigos.

TER. Hay mucha distancia entre los dos.

RIC. El amor las acortó.

TER. ¿Y quién piensa en eso? (Pausa.) ¿Quiere usted que le haga un ramito?

RIC. ¿Para qué?

TER. Para obsequiar á la señorita Soledad... Le gustan mucho las flores.

RIC. ¡Qué cruel eres!

TER (¿Y aun me llama cruel?) (Pausa. Ricardo queda preocupado. Teresa, vuelta de espaldas á él, llora.)

SEN. (Cortemos.) (Saliendo á la puerta del pabellón.) ¿Vamos, Ricardo?

RIC. ¡Ah! Vamos, sí. (Antes de salir mira á Teresa, que sigue de espaldas á él. Vanse.)

ESCENA XIX

TERESA y JARDINERO, que sale fondo derecha con la manga de riego al hombro

TER. Se va... y con él toda mi alegría. Se va con ella, rica y poderosa. ¡Pobres de los pobres! (Viendo entrar al Jardinero.) (Mi padre. Disimulemos. ¡Pobrecillo! Si se enterara, seríamos dos á sufrir.)

JARD ¿Qué haces ahí pará?

TER. (Muy jovial.) Nada, viejecito mío; ¿y usted?

JARD. Yo ya he terminao de regar; de modo que ahora me voy á... (no, ya no bebo más) á casa.

TER. Me voy con usted.

JARD.	Mía no te neseciten arriba.
TER.	Luego volveré. Ahora tienen visita.
JARD.	(Na; que con pocas como ésta (Acción de beber.) tié que cerrar el tío *Quico* su establecimiento.) (Vanse izquierda.)

ESCENA XX

SERAFÍN y NARCISO. Salen por la derecha completamente empapados en agua

NAR.	(Furioso.) ¡Por vida de!...
SER.	Pues señor; está visto que voy á tener que aprender á nadar. Ayer una ducha, hoy otra ducha, mañana... me compro un impermeable, no hay más remedio.
NAR.	¡Bruto, más que bruto!
SER.	Oiga usted, ¿qué es eso?
NAR.	Ese jardinero es un bruto.
SER.	(¡Ah, vamos!)
NAR.	¡Si me dejara llevar de mi genio!...
SER.	¡Bueno le han puesto á usted!
NAR.	¿Pues y á usted?
SER.	Yo ya estoy acostumbrado; salgo á ducha por día.
NAR.	¿Y qué hacemos ahora? ¿Cómo me presento á mi mamá con los pantalones rotos y hecho una sopa?
SER.	Pues asi, con mucha frescura.
NAR.	No, señor; yo no me presento así en mi casa.
SER.	¿Piensa usted dormir al sereno?
NAR.	Lo que pienso es marcharme inmediatamente. ¡Ea! No aguanto más. Mañana mismo termino con Solita.
SER.	No se ponga usted así. Después de todo, no hay motivo...
NAR.	¿Que no? Entérese usted bien de lo que le voy á decir. ¿Está bien que no se ocupen de nosotros, después de los trabajos que pasamos por ellas?
SER.	Diré á usted...
NAR.	¿Está bien que me haga mudar de corbata

cada cinco minutos, me traiga de zarandillo todo el día y me haga hacer equilibrios sobre la tapia?

SER. El ejercicio siempre es saludable.

NAR. ¿Está bien que á un hombre de veintidós años se le traiga de aquí para allá, como si fuera un demandadero? ¿Está bien eso? Empápese usted en lo que le digo.

SER. Ya, ya estoy empapado.

NAR. Y dígame si tengo ó no tengo razón.

SER. Hay que convenir en que ellas no tienen la culpa.

NAR. ¡Ingrata, más que ingrata!

SER. Vamos, déjese usted de tonterías.

NAR. No, no son tonterías. Le aseguro que mi amor se ha secado.

SER. Pues vamos á secarnos la ropa, que falta nos hace. ¡Atiza! ¡Don Senén! (Se dirige hacia la escalera.)

NAR. (¡Cuando yo digo!...) ¡Eh, amiguito! Déjeme usted á mí. Yo primero.

SER. De ninguna manera, yo.

NAR. No señor, yo.

SER. Quite usted.

NAR. Pero...

SER. ¡Ya está aquí! (Mientras dicen esto, luchan por subir. Al ver á don Senén, se tiran por la tapia á la parte de afuera.)

ESCENA XXI

DON SENÉN y TERESA. Empieza á anochecer

SEN. (Por el pabellón. Sale pensativo.) Vamos á cuentas, Senén. Lo que has hecho es una indiscreción, pero ya que lo has hecho, debe servir de algo.

TER. (Por la izquierda. Se dirige al pabellón) (Es preciso que nadie sepa que sufro; que él crea que le olvido.)

SEN. (Aquí está.) Teresa... Teresa...

TER. ¡Ah! Muy buenas tardes, don Senén.

SEN. ¿Por qué lloras?

TER. No lloro, es que...

SEN. No trates de fingir. Lo sé todo.

TER. Pero...

SEN. Te digo que es inútil que finjas. He escuchado vuestra conversación y... ¿por qué no decirlo? Tu causa me es muy simpática, y no puedo menos de censurar la conducta de Ricardo. No desesperes, y sobre todo, no llores.

TER. ¿Que no llore, don Senén? ¡No llorar cuando las ilusiones se desvanecen, cuando el alma se hace pedazos!... ¡Qué pronto se dice!

SEN. No seas pesimista. Ya verás cómo al fin...

TER. No, don Senén; este es mi primero y mi último amor.

SEN. ¡Bah! Impresiones del momento, nubes de verano, que pasarán como todo pasa en el mundo. Ya lo dijo el sabio: «El primer amor en la mujer, es su último juego de muñecas.»

TER. O la muerte de sus ilusiones.

SEN. Vamos, muchacha....

TER. No, don Senén, no puedo obedecerle. Necesito llorar... es el único consuelo que tenemos los pobres. ¿Tratará usted de negármelo?

SEN. No, pero...

TER. Lo necesito Oiga usted. Cuando por las mañanas mi padre enchufa la manga en las bocas de riego, están las flores tan secas y tan mustias, que da pena mirarlas; pero en cuanto las riega, en cuanto el agua cae sobre ellas, se ensanchan como una esponja, parece que despiertan, que vuelven á la vida... Pues así tengo yo el corazón; como las flores, antes de regarlas mi viejecito... ¡Deje usted que yo le riegue con llanto, á ver si deja de estar tan apretado, á ver si ensancha, á ver si consigo volverle á la vida! (Llora.)

SEN. (¡Carámbilis, con la muchacha, y qué manera de hablar! Si sigue así voy á tener que acompañarla, y entonces... ¡vaya un concierto! Me siento más blando que la mantequi-

lla de Soria... ¡Qué bien dice el refrán! «Lágrimas, quebrantan peñas». (Acercándose á Teresa, cariñosamente.) Vaya, se acabó. Aquí no ha pasado nada.

TER. Apenas.

SEN. Es verdad, que «los peces grandes, se tragan á los pequeños», pero no desesperes. Soy tu amigo y me he propuesto arreglarlo todo.

TER. ¿Usted mi amigo? ¿Amigo de una pobre?

SEN. «Pobreza, no es vileza.»

TER. (Conmovida.) ¡Gracias, don Senén! Es usted muy bueno. (Se lleva el pañuelo á los ojos.)

SEN. ¿Otra vez? ¡Caramba! Que me incomodo; mira que dejamos de ser amigos.

TER. Vaya, ya me río, ¿no es eso lo que usted quiere?

SEN. ¡Ajájá! Así me gusta. Ya verás qué pronto se arregla todo. Ricardo es joven y no piensa lo que hace; camina con los ojos cerrados... ya se los abriré yo... y «aquí paz y después gloria». Conque... ya lo sabes; mucho ánimo, mucho valor, (y mucha elocuencia.)

TER. Gracias, don Senén, muchas gracias.

SEN. Y sobre todo, discreción. Me voy, no vayan á sorprendernos y...

TER. Es verdad. Si nos viera la señora...

SEN. (Me quedaba sin rizo.) Vaya, abur.

TER. Adiós, don Senén.

SEN. (Esta chica es una joya y Ricardo un men tecato. Yo le haré ver la diferencia que existe entre el brillante y el cristal. Verdaderamente, hay crímenes morales que debían ser castigados por la ley. (Llega hasta la puerta del pabellón, se vuelve y dice lo que sigue:) ¡Lo dicho! (Durante esta escena se hace de noche.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, SOLITA, CARMEN, DOÑA PETRA, RICARDO y al final JARDINERO

(Momentos antes de terminar la escena anterior, han salido Solita y Carmen. Al acercarse á la puerta del pabellón, han visto á don Senén y Teresa. Solita hace señas á su amiga para que no hable, y en el momento que don Senén deja el jardín y entra en el pabellón, Solita enciende la luz eléctrica. Queda, por lo tanto, iluminado el pabellón y obscuro el jardín.)

CAR. ¡Le pescamos!

SEN. ¿Eh?

SOL. ¡Le hemos sorprendido!

SEN. (¡Demonio! Si habrán escuchado...)

SOL. (Con algazara.) Conque ¿esas tenemos, señor don Senén? ¿Con qué se permite usted hacer el amor á las criadas? (Ríen ambas.)

TER. (En el jardín.) (¡Nos han visto!) (Se sienta en una silla.)

SEN. Pero, ¿estais locas, muchachas?

PETRA (Saliendo con Ricardo.) No dude usted, don Ricardo, que tendremos un verdadero placer en que usted nos honre con sus visitas.

RIC. Señora...

SOL. Tía, hemos sorprendido á don Senén, hablando con Teresa.

SEN. (¡Adiós, Madrid!)

PETRA ¿Pero es posible?

CAR. Sí, señora, sí.

RIC. (Esto se complica... Don Senén se ha enterado. (Se pone á hablar con Solita y Carmen.)

SEN. Señora, solo se trataba de preguntar á esa niña por su padre. Pienso hacer reformas en mi jardín, y...

PETRA Me tranquilizo. Es usted demasiado formal para...

SEN. Sí, para contraer segundas nupcias. Señora, «el gato escaldado, del agua fría huye.»

PETRA (¡Qué modo tan delicado de insinuarse!) (Lanza un suspiro y se vuelve hacia Ricardo.)

SEN. (¡Cincuenta y tres!)

PETRA (A Ricardo.) Pero, don Ricardo, ¿no toma usted un dulcecito? (Le da uno.) Este por mí.

RIC. Gracias, señora. (Lo toma.)

SOL. (Ofreciéndole una copita.) Y ésta por mí.

RIC. Señorita... (Bebe.)

SOL. ¿Con que es usted poeta y escritor? Me alegro. Queda usted comprometido á dedicarme unos versos.

RIC. Con mucho gusto, aunque el compromiso es grave. ¿Cómo cantar á usted lo que siento al verla, si solo á duras penas y tartamudeando puedo responder á sus preguntas?

SOL. ¿Le causo á usted miedo?

RIC. (Animándose.) Miedo, sí, esa es la palabra; el mismo temor que inspira al artista la sublimidad del infinito; el mismo asombro que nos causa contemplar el torrente que, al saltar desde la roca, quiebra su raudal de plata, convirtiéndose en lluvia de perlas y brillantes.

SOL. Gracias, es usted muy galante. (Se va á donde está Carmen.)

TER. (¡Resignarse!... ¡Qué pronto se dice eso... y qué tarde se debe aprender!)

SOL. (Aparte á Carmen.) Es muy simpático.

CAR. ¿Sí?

SOL. Mañana mismo despido á Narciso.

CAR. ¡Qué loca eres!

RIC. (Con despecho.) (Se va... ¡no me ha comprendido!) (Queda preocupado. Carmen y Solita se acercan á doña Petra.)

SEN. (Aparte á Ricardo.) Ricardo.

RIC. (Como el que despierta de un sueño.) ¿Eh?

SEN. Te encuentro preocupado.

RIC. ¡Creí ser tan feliz hace un momento!

SEN. (Dejándose caer.) No es feliz quien no obra bien. (Oyese hacia la izquierda, y no muy lejos, la voz del Carretero, que canta la siguinte copla:)

CAR.º (Dentro.)

Me robaste la alegría...

¡Arre, Tumbona!

Me robaste la alegría
olvidando un juramento...

¡Anda, Tumbona...: que paece que toó te lo deben!

ya verás lo que son penas
si quieres como yo quiero.

(Teresa y Ricardo siguen con ansiedad la copla. Ricardo se acerca á la ventana y mira al jardín. Don Senén observa sus movimientos. Pausa conveniente. Don Senén se acerca á Ricardo y le dice al oído las siguientes palabras:)

SEN. «Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le resulte no se enoge...» No lo olvides. (Forma grupo con las señoras. Ricardo debe expresar el efecto que le han causado las palabras de don Senén. Se ve pasar por detrás de la tapia al Carretero, de izquierda á derecha, y despacio.)

CAR.º (Cantando.)

Me marcho pa que no veas
que lloro al ver tu traición;
me marcho pa que no sufras
todo lo que sufro yo. (Vase.)

TER. (Rompiendo á llorar.) Sí; tiene razón... ¡huir de aquí!... ¡No puedo sufrir más! (Se dirige hacia el fondo izquierda.)

RIC. (Mirando al jardín y viendo á Teresa (¡Llora!)

JARD (Fondo izquierda.) ¿A dónde vas?... ¿Eh? ¿Por qué lloras?... ¿Quién te ha ofendío? ¿Qué te pasa?

TER. Nada, padre... Vámonos de aquí.

JARD. ¿Aónde?

TER. Donde nadie me vea... donde pueda llorar á mis anchas... ¡sola!... ¡sola!

RIC. (Con arranque de pasión.) ¡No!... Sola, no, Teresa...: ¡Voy yo contigo! (Sale del pabellón en seguimiento de Teresa. Esta se vuelve con expresión de indecible alegría.)

JARD. ¿Eh? (Los personajes que hay en el pabellón salen asombrados al jardín. Ricardo, al verlos, se vuelve y exclama con resolución:)

RIC. ¡Sí, con ella!

TER. (Con inmenso cariño.) ¡Ricardo!

RIC. (Abrazándola) Sí; tu Ricardo, que empieza á comprender lo que vales. (La expresión mímica de los personajes en este momento queda encomendada al talento de los actores, que sabrán darle el colorido justo.)

SOL. ¿Se ha vuelto loco?

CAR. ¿Qué pasa?

PETRA ¿Dónde va usted?

RIC. Voy donde me llama el amor; el amor, que es lazo de almas... ¡lazo de unión!

TODOS Pero...

SEN. Dejadle. (Con solemnidad.) ¡Dichoso el hombre que tiene valor para despreciar á la sociedad y oir á su conciencia!

TELON

OBSERVACIONES

Como el personaje se presta al *morcilleo*, los autores agradecerán al actor que interprete *Don Senén* que no diga refranes de su cosecha y se atenga tan sólo á los que marca el ejemplar.

Dejamos á elección del *Carretero*, la entonación de las coplas que ha de cantar, siempre que se ajusten al interés de la acción y *lleguen* al público.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*